

y viniendo á ser demasiado ásperos los resaltes, cedieron los caballetes fijados en los puntos menos sólidos del fondo, de consiguiente formó el puente ondulaciones, y á las ocho de la noche se hundieron tres caballetes con los carros que sustentaban, al lecho del Berezina.

Preciso fué que de nuevo pusieran nuestros heróicos pontoneros manos á la obra, y se volvieron á meter en el agua tan fria que el hielo roto se tornaba á cuajar al instante. Habia que romperlo á hachazos, y meterse en el agua para fijar otros caballetes á seis ó siete pies de hondura, y á veces de ocho en los parages donde habia cedido el puente. Solo era de cuatro á cinco pies la hondura por otros lados. Ya el puente volvió á estar practicable á las once de la noche.

El general Eblé, que tuvo cuidado de mantener despiertos á la mitad de sus pontoneros mientras dormian los otros, velando él de continuo, hizo construir caballetes de remuda para estar á todos los accidentes. Muy luego acreditó la cordura de esta precaucion el suceso. A las dos de la madrugada volvieron á ceder tres caballetes en el puente de la izquierda, el de los carruages, y por desgracia en el centro de la corriente, allí donde el rio tenia de siete á ocho pies de hondura. Necesario era trabajar de nuevo, y ejecutar esta vez la difícil obra en medio de las tinieblas. Ya no podian mas los pontoneros tiritando de frio y moribundos de hambre. El venerable general Eblé, que no tenia su juventud, ni la ventaja de haber tomado algun descanso, sufría mas que ellos, pero tenia la superioridad de su alma, y comunicóse la con sus palabras. Apeló á su adhesion, les puso de mani-

fiesto el desastre seguro del ejército, si no llegaban á restablecer el puente, y su virtud fué oída. Con admirable celo pusieron manos á la obra. El general Lauriston, enviado por el emperador para averiguar la causa de este nuevo accidente, estrechaba la mano de Eblé con llanto en los ojos, y le decía.—Por favor, daos prisa; estas dilaciones nos amenazan con los mayores peligros.—Sin impacientarse por estas instancias, el anciano Eblé, que por lo comun tenia la aspereza de un alma fuerte y activa, le contestaba con dulzura.—Ya veis lo que estamos haciendo.... y volvía, no á estimular á sus hombres, que no lo necesitaban, sino á alentarlos, á dirigirlos, y á veces á sumergir su ancianidad en aquella agua helada, que apenas podia aguantar la juventud de ellos. A las seis de la mañana del 27 de noviembre quedó reparado este segundo accidente, y pudo tornar á empezar el paso el material de la artillería.

No habiendo tenido que sufrir las mismas sacudidas el puente destinado á los peones y á los ginetes, ni un solo momento dejó de estar practicable, y aquella noche del 26 al 27 de noviembre se hubiera podido hacer pasar á toda la masa desarmada; pero el atractivo de algunas trojes, de un poco de paja, de algunos viveres hallados en Studianka, retuvo á gran parte á la orilla izquierda del rio. Aunque el frio, que habia arreciado, no fuera aun bastante á detener el agua corriente, ya todos los pantanos de las inmediaciones del rio estaban helados, lo cual fué una fortuna, pues, sin esta circunstancia, no se pudiera cruzarlos. Se encendieron pues sobre el hielo de los pantanos miles de hogueras, y por no ir á correr á otro punto la

eventualidad de bivaques menos soportables, diez ó quince mil individuos se habian establecido á la orilla izquierda sin querer abandonarla, de modo que el descuido de los peones hizo inútil el puente de la derecha, al par que las dos rupturas ocurridas una tras otra hacian inútil el de la izquierda durante aquella noche del 26 al 27 de noviembre. ¡Tiempo precioso, cuya pérdida se debia sentir amargamente!

Con todo lo que pertenecia á su cuartel general cruzó Napoleon los puentes el 27 por la mañana, y fué á alojarse á una pequeña aldea, la de Zawnicki sobre la orilla derecha, detrás del cuerpo del mariscal Oudinot. Todo el día se mantuvo á caballo para acelerar personalmente el paso de los diversos destacamentos del ejército. Este día pasaron los que aun quedaban del cuarto cuerpo del príncipe Eugenio, del tercero del mariscal Ney, del quinto del príncipe Poniatowski, del octavo de los westfalianos. Apenas eran dos mil hombres de cada uno de los dos primeros, y quinientos ó seiscientos de los dos segundos, es decir, doscientos ó trescientos hombres armados por regimiento, persistiendo en mantenerse con sus oficiales alrededor de sus águilas, que conservaban preciosamente como el depósito de su honor. Progresos espantosos habia hecho desde Krasnoe la desorganizacion por efecto de la laxitud creciente, que era causa de que muchos soldados, aun de los de buena voluntad, se quedaran rezagados, y de que una vez asi permanecieran maquinalmente entre el inmenso tropel de hombres que iban sin armas.

A la caída de la tarde llegó el primer cuerpo á las órdenes de su gefe, el mariscal Davout, que des-

de Krasnoe habia vuelto á empezar á dirigir la retaguardia. Este era el único que conservaba algo de continente militar. La inmortal division de Friant, ahora de Ricard, habia perecido casi toda en Krasnoe, y sus restos seguian confusamente al primer cuerpo. Las otras cuatro divisiones presentaban tres ó cuatro mil hombres, pero armados, agrupados enredor de sus banderas y llevando su artillería. Mas triste el mariscal Davout que de costumbre, experimentaba una especie de sublevacion interior al ver al ejército reducido á tal estado; de ser menos sumiso, diera suelta á su enojo. Los lisonjeros, que no habian perdido su costumbre de adular ni aun en situacion tan horrorosa, pintaban á Napoleon la tristeza del mariscal como una debilidad, y exaltaban á porfia la excelente salud, el buen humor del mariscal Ney, cuya resistencia á todas las miserias era admirable sin duda. Para adular bien á Napoleon entonces, era menester no tener frio, ni hambre, ni sueño, ni rastro alguno de enfermedad. Por desgracia no todas las saludes se prestaban á este género de lisonja.

Despues de retrogradar lentamente delante de Wittgenstein el cuerpo del mariscal Victor, que era el nono, disputándole el terreno palmo á palmo, acababa de replegarse cubriendo al grande ejército. Se habia situado entre Borisow y Studianka, de manera propia á proteger estas dos posiciones. Ya se habia previsto que seria poco perturbado el paso durante los dos primeros dias, el 26 y el 27, porque ignorando Tchitchakoff á la orilla derecha el verdadero punto del paso, aspiraba á estorbarnoslo mas abajo de Borisow, y no habiendo tenido aun tiempo de juntarse á la orilla izquierda.

Wittgenstein y Kutusof no nos estrechaban muy de cerca. Probablemente no seria tan tranquilo el paso el día 28, en que mejor informado Tchitchakoff nos atacaria violentamente sobre la orilla adonde habiamos empezado á descender, y en que llegados al cabo Kutusof y Wittgenstein sobre nuestro flanco y nuestra espalda, nos atacarian no menos violentamente en la orilla que acabábamos de abandonar. Con razon esperaba Napoleon que el día decisivo seria el 28, en que Tchitchakoff aspiraria á arrojar al Berezina la cabeza de nuestra columna, mientras Wittgenstein y Kutusof se esforzarian por arrojar allí la cola. No repitiendo aquí la falta cometida en Krasnoe de una retirada sucesiva, estaba resuelto á que se salvaran ó perecieran todos juntos, y de consiguiente destinó á Oudinot, que habia pasado el primero, á Ney y á la Guardia, que habian pasado despues de Oudinot, á contener á Tchitchakoff, y á Victor á sustentar el fin del paso con el cuerpo nono. Poniendo siempre extremado esmero en engañar á Tchitchakoff, previno al mariscal Victor que dejara en Borisow á la division de Partouneaux francesa, y ya reducida por las marchas y los combates de doce á cuatro mil hombres. Con la division polaca de Girard y la alemana de Daendels, no sumando las dos mas que nueve mil hombres y setecientos ú ochocientos caballos, debia el mariscal Victor cubrir á Studianka. Estos eran los que sobrevivian de los veinte y cuatro mil hombres, con que este mariscal habia salido de Esmolensko para irse á juntar con Oudinot sobre el Oula. En un mes de marcha y en algunos combates habian desaparecido de diez á once mil hombres. Por lo demas su porte era excelente, y al

ver llegar el grande ejército, á quien envidiaban hacia poco, llenos de lástima preguntaban á aquellos soldados abrumados, que á fuerza de miseria habian perdido casi el orgullo, qué calamidades les habian cargado encima.—Pronto os vereis como nosotros, respondian tristemente los vencedores de Esmolensko y del Moskowa á la curiosidad de sus jóvenes camaradas.

Napoleon habia completado sus disposiciones para el temido día 28, ordenando á Davout que, tan luego como pasara, se adelantase sobre el camino de Zemin, que era el de Wilna, á fin de que no tomaran la delantera los cosacos en muchos desfiladeros de este camino, con bosques y pantanos á un lado y otro.

Asi se empleó el día 27 en cruzar el Berezina y en preparar una resistencia desesperada. Un tercer accidente sobrevino á las dos de la tarde, siempre en el puente de la izquierda. Pronto quedó reparado; pero llegando los carros en gran número detrás de los cuerpos, se agolpaban á este puente, y era por extremo difícil obligarles á no desfilar mas que uno á uno. Trabajo infinito costaba á los gendarmes de preferencia y á los pontoneros mantener el orden, y solo de la fuerza en su mas brutal manifestacion hacian caso aquellos ánimos despavoridos.

Razon habia para que se dieran prisa, y aun no se daban la bastante, sobre todo en el puente de los peones, pues se acercaba la hora de la crisis suprema. Vuelto en sí acudia al cabo el enemigo, engañado ó retrasado hasta entonces. No habiendo sabido estorbarnos echar los puentes iba á acometernos en el momento en que aun no habiamos aca-

bado de pasarlos, y en que estábamos repartidos á las dos márgenes del Berezina. Por fortuna Tchitchakoff se habia engañado completamente acerca del punto que debia servirnos de paso. Llegando por el camino de Minsk, habiéndose podido convencer por sus propios ojos de los esfuerzos que habiamos dedicado á abastecernos por este punto, debió considerar á Borisow y á Minsk como los puntos por los cuales volveria Napoleon hácia Wilna. La presencia del principe de Schwarzenberg en las inmediaciones de este camino era una razon mas para que creyera que lo tomaria Napoleon para incorporarse la hueste austro-sajona. Añádase que, informado Kutusof por las relaciones de los espías de que el camino de Minsk era el del ejército francés, le advirtió que estuviera alerta hácia Borisow y por mas abajo. Para Tchitchakoff, que á la vez tenia en Kutusof un gefe y un enemigo, desde que le reemplazó en Oriente, era de grande importancia este aviso. Engañarse con Kutusof tenia excusa; engañarse solo carecia de ella. Finalmente las demostraciones de paso ordenadas por Napoleon hácia mas abajo de Borisow, fueron la última causa de su engaño, y habiendo insinuado el general Tchaplitz al almirante Tchitchakoff los preparativos que descubria en Studianka, estos, los únicos formales, fueron considerados por aquel gefe como simples demostraciones destinadas á ilusionarle. Asi no le tuvimos encima el 26 ni el 27, concentrado como se hallaba mas abajo de Borisow. Con todo, habiendo visto muy á las claras las tropas ligeras del general Tchaplitz el paso de un ejército la tarde del 26 y la mañana del 27, acabó por desengañarse el general del ejército de Orien-

te, y resolvió atacarnos con violencia sobre la orilla derecha. Mas no queriéndolo hacer sino en combinacion con los otros dos ejércitos rusos situados á la orilla izquierda, apresuróse á comunicarse con ellos, y les propuso un ataque enérgico y simultáneo para el día 28. Sobre el punto de paso elegido por los franceses debia llevar el grueso de sus tropas, y procurar arrollar sobre el Berezina á cuantos lo habian cruzado, mientras Kutusof y Wittgenstein probaran á precipitar allí á cuantos quedaban por trasladarse á la otra orilla. A fin de enlazar sus movimientos, ideó Tchitchakoff hacer que pasara su retaguardia por los restos del quemado puente de Borisow, y ponerse en comunicacion con Kutusof y Wittgenstein por este medio. Podia disponer de unos treinta ó treinta y dos mil hombres, entre ellos diez ó doce mil de caballeria, que no ofrecian ventaja sobre el terreno donde se iba á trabar la pelea.

Por lo que hace á Kutusof y á Wittgenstein su situacion era la siguiente. Kutusof, que creia haber desempeñado su tarea con entregar en Krasnoe á Napoleon casi vencido á los dos ejércitos rusos, del Dwina y del Dnieper, y que por otra parte no sentia el mas remoto deseo de contribuir á la gloria de Tchitchakoff, y hallaba extenuados á sus soldados, se detuvo junto al Dnieper, en Kopis, á fin de proporcionar algun descanso á sus tropas, y de restituirles algo de conjunto, porque tambien se hallaban en un estado muy miserable. Se habia pues contentado con enviar mas allá del Dnieper á Platow, á Miloradowitch y á Yermoloff con una vanguardia de cerca de diez mil hombres. Llegadas á Lochnitza estas tropas, se hallaban prontas

á contribuir con Tchitchakoff y Wittgenstein á la destruccion de la hueste francesa. Habiendo seguido Wittgenstein lo mismo que Steinghel al cuerpo del mariscal Victor, se hallaba á espaldas de este con unos treinta mil hombres y dispuesto á caerle encima con todas sus fuerzas para arrojarle al Berezina. A setenta y dos mil hombres ascendian por tanto, sin contar los treinta mil con que se habia quedado atrás Kutusof, los que iban á caer por la espalda sobre los doce ó trece mil hombres de Victor, y por el frente sobre los nueve mil de Oudinot y los siete ú ocho mil de la Guardia. Eugenio, Davout, Junot, todos en marcha hácia Zemin, no estaban en aptitud de servir sobre este punto, y veinte y ocho ó treinta mil hombres, repartidos á las dos márgenes del Berezina y molestados por cuarenta mil rezagados, iban á habérselas de frente y por la espalda con setenta y dos mil hombres durante la difícil operacion del paso de un rio.

Esta lucha terrible comenzó el 27 por la noche. La infortunada division francesa de Partouneaux, la mejor de las tres de Victor, recibió órdenes de Napoleon para mantenerse aun todo el día 27 delante de Borisow, á fin de contener y de engañar allí á Tchitchakoff. En esta posicion estaba separada del resto de su cuerpo, que se hallaba concentrado en rededor de Studianka, por tres leguas de bosques y de pantanos. De consiguiente era de temer que fuese cortada de resultas de la llegada de las tropas de Platow, de Miloradowitch y de Yermoloff, que nos habian seguido por el camino real de Orscha á Borisow. Esta triste circunstancia, tan fácil de prever, se había realizado en efecto, y operando la vanguardia de Miloradowitch

su union con Wittgenstein y Steinghel sobre el camino de Orscha, se interpuso entre la division de Partouneaux, situada en Borisow, y las dos divisiones de Victor, encargadas de cubrir á Studianka. Cortada estaba pues la infeliz division de Partouneaux, á no ser que, siguiendo á lo largo del Berezina por entre bosques y pantanos, consiguiera unirse al cuerpo de Victor por el camino que Oudinot habia tomado el día antes para remontarse á Studianka. Durante la noche del 27 echó de ver el general Partouneaux la situacion esta, que, peligrosa de suyo, se hacia mas desesperada de hora en hora. En el instante en que se sentia asaltado por el camino de Orscha, vióse de repente acometido del otro lado por las tropas de Tchitchakoff, que probaban á pasar el Berezina sobre los restos del puente de Borisow. A los inmensos peligros de que estaba amenazado se agregaba el embarazo horroroso de muchos millares de rezagados, que, en la creencia de que por mas abajo de Borisow iba á ser el paso del rio, se habian agolpado allí con sus bagages y aguardaban en vano la construccion de puentes. Para engañar mejor al enemigo, se les habia tambien engañado á ellos, é iban á ser sacrificados juntamente con la division de Partouneaux á la terrible necesidad de mantener á Tchitchakoff en el engaño. Siendo de instante en instante mas evidente el peligro de ser envuelto, llegando de todas partes las balas, muy luego el desorden y la confusion tocaron á su colmo, y queriendo las tres pequeñas brigadas de Partouneaux, formarse para defenderse, se hallaron como inundadas por algunos millares de infelices, que prorumpian en gritos, se precipitaban en sus filas é impedian toda

maniobra. A esta escena desgarradora añadian sus clamores y su espanto las mugeres que formaban parte de los bagages. A pesar de todo resolvió el general Partouneaux á abrirse paso, y saliendo de Borisow con la izquierda sobre el Berezina y la derecha sobre las colinas de Staroi-Borisow, procuró remontarse por entre el dédalo de bosques y de pantanos helados, que le separaban de Studianka. Formado en tantas columnas como eran sus brigadas, avanzó con la cabeza baja y determinado á perecer ó á abrirse camino. Cuatro mil hombres tenia para resistir á cuarenta mil de los rusos. Seguidas las tres brigadas de la barahunda espantosa, al principio hicieron algun progreso; mas recibidas de frente por toda la artillería contraria, situada sobre las cumbres, asaltadas á la cola por caballería innumerable, fueron horriblemente maltratadas. El general Partouneaux, que marchaba con la brigada de la derecha, la mas amenazada, quiso salvarse, torció á lá derecha bastante, no tardó en verse separado de sus otras dos brigadas, y fué envuelto y casi destruido. No cedió sin embargo, ni quiso rendirse á pesar de muchas intimaciones, sino que siguió peleando. Sus dos brigadas de la izquierda, aisladas y todo, imitaron su ejemplo sin recibir orden alguna. Extenuado tambien el enemigo suspendió su fuego á eso de media noche, muy seguro de apoderarse hasta del último hombre de aquel puñado de valientes, que se obstinaban en hacerse degollar con heroismo. Esperaba que la evidencia de la situacion les impulsaria á capitular y le ahorraria mayor efusion de sangre. Al despuntar la aurora del 28, intimaron de nuevo la rendicion los gene-

rales rusos al general Partouneaux, que se mantenía de pié sobre la nieve con cuatrocientos ó quinientos hombres, le manifestaron que no le quedaba recurso, y que estaba reducido á hacer matar los pocos soldados que aun tenia en torno, y se rindió ó mas bien fué cogido con la desesperacion en el alma. Las otras dos brigadas, á las cuales se comunicó esta noticia depusieron las armas, y los rusos hicieron dos mil prisioneros, única reliquia de cuatro mil y algunos centenares de hombres (1). Solo un batallon de trescientos hombres logró á favor de las tinieblas remontar el Berezina y llegar á Studianka. Seguidamente los cosacos pudieron recoger á lanzadas algunos millares de rezagados que se hallaban en el mismo atolladero.

Durante esta cruel noche se oyeron en Studianka hácia el lado de Borisow el fuégo de la fusilería y el cañoneo. Napoleon estaba zozobroso, y el mariscal Victor mas todavía, pues hácia el punto en que se hallaba mucho mejor podia apreciar el peligro de su principal division, y juzgaba que la orden de permanecer en Borisow era una precaucion

(1) Mr. de Boutourlin, siempre pródigo de guarismos increíbles, á pesar de su imparcialidad de apreciacion, habla de siete mil prisioneros hechos á una division que no constaba mas que de cuatro mil hombres, dos mil de los cuales habian sucumbido en la pelea. No hacemos este reparo mas que en obsequio de la verdad, porque estos desastres, cuyo relato nos desgarran el corazon, son harto grandes, para que tengamos ningun interés en disminuirlos, ni lo pueden tampoco tener nuestros enemigos en exagerarlos. No habiendo salvado mas que nuestra gloria, poco importa haber salvado algunos hombres mas, cuando por desgracia es positivo que casi todo el ejército estaba destruido ó disperso al fin de la campaña.

inútil y bárbara de consiguiente, ya que despues del paso del 26 y sobre todo del 27, no era posible prolongar la ilusión del enemigo, y por tanto sin provecho se exponia á perecer á cuatro mil hombres, cuya conservacion era de incalculable precio. Pero agobiaban el espíritu desvelos de tantas clases que apenas se sentian los nuevos que llegaban á asaltarle de minuto en minuto. Se pasó aquella noche en medio de crueles inquietudes, pero cuando el silencio sobrevenido por la mañana pudiera revelarnos la catástrofe de la division de Partouneaux, comenzó el fuego á las dos márgenes del Berezina, á la derecha contra aquellas de nuestras tropas que habian pasado y á la izquierda contra las que cubrian el fin del paso. Desde entonces ya no se pensó mas que en pelear. Muy luego sonaron con extremada violencia el fuego de fusilería y el cañoneo, y corriendo Napoleon de continuo á caballo de un lado á otro, iba á asegurarse ora de si Oudinot se mantenía firme contra Tchitchakoff, ora de si Eblé continuaba manteniendo sus puentes, y de si Victor, á quien se veía empeñado con Wittgenstein, era arrojado á las heladas olas del Berezina con la muchedumbre que aun no lo habia pasado.

Aunque por todas partes era terrible el fuego, y se llevaba millares de victimas, todas las cuales debían sucumbir sobre aquel campo lúgubre, nos mantentamos á una y otra orilla. Segun se ha visto, los generales rusos habian convenido en asaltar á los franceses por las dos márgenes del Berezina, y de precipitarlos juntos, si les era posible, en sus aguas. Por fortuna la presencia de Napoleon y del grande ejército les intimidaba tanto, que, aun

teniendo todas las ventajas de la situacion y del número, obraban con extremada reserva, y no nos estrechaban con el vigor que hubiera podido determinar nuestra ruina.

Desde por la mañana tuvo que habérselas el mariscal Oudinot con las tropas de Tchaplitz y de Palhen, apoyadas por el resto de las fuerzas de Tchitchakoff y por un destacamento de Yermoloff, que, para unirseles, habia cruzado el Berezina sobre los restos reparados del puente de Borisow. El terreno sobre que se combatía, llamado Ferme de Brill y situado sobre la orilla derecha á la misma altura que Studianka sobre la izquierda, era una serie de bosques de abetos, en los cuales se habian hecho numerosas cortas. Aun cubrian la tierra los árboles derribados. De consiguiente el campo de batalla era mas adecuado para combate de guerrillas que para grandes ataques en línea, circunstancia muy propicia para nuestros soldados tan inteligentes como valerosos. El mariscal Oudinot con las divisiones de Legrand y de Maison, con los mil doscientos coraceros del general Doumerc, y los setecientos ginetes ligeros del general Corbineau, sostenía una tenaz lucha en aquellos bosques alternativamente muy espesos, ó presentando vastisimos claros. Era un combate de tiradores de los mas vivos, de los mas mortíferos, y del todo ventajoso para nuestros soldados. Los generales Maison, Legrand, Dombrowski, dirigiendo sus tropas con tanta habilidad como vigor, ora llenando los bosques de una nube de tiradores, ora dando cargas á la bayoneta, cuando tenian espacio, acabaron por ganar terreno y por rechazar á Tchaplitz y á Palhen sobre el grueso del cuerpo de Tchitcha-

koff. El mariscal Oudinot que, desgraciado siempre en el fuego, se mostraba tan pronto á exponer su persona cual si nunca le hubieran tocado las balas, fué herido y apartado del campo de batalla. Lo fué tambien el general Legrand, y por órden de Napoleon acudió Ney para reemplazar á Oudinot. A los dos mil hombres, que próximamente quedaban de los cuerpos de Ney y de Poniatowski, habia agregado Napoleon mil quinientos hombres de la division del Vístula á las órdenes de Claparede. De reserva tenia á Mortier con dos mil hombres de la Jóven Guardia, á Lefebvre con tres mil y quinientos de la Vieja y cerca de quinientos ginetes, último resto de sus granaderos y cazadores de á caballo.

Con la presencia de Ney bastaba para reanimar los corazones, que la ausencia forzosa de Oudinot y de Legrand habia afectado. Haciendo que le siguiera Claparede y guiando las reliquias de su cuerpo, dedicóse primero á sostener á Maison y á Legrand, luego ayudó á rechazar la cabeza de las tropas de Tchitchakoff sobre su cuerpo de batalla. Mas despejado el terreno hácia aquel parage permitia ataques en línea. Ney previno á Doumerc que estuviera pronto á cargar con sus coraceros á la derecha, y dispuso sus columnas de infantería de manera de cargar personalmente á la bayoneta, ora por el centro, ora por la izquierda. Entretanto emprendió un fuego violento de artillería sobre las masas rusas pegadas á la parte mas espesa de los bosques. Impaciente Doumerc por aprovechar la coyuntura, descubrió sobre la derecha seis ó siete mil rusos de infantería veterana (la que hacia tres años que combatia á los turcos), apoyados por una línea

de caballería, y tomó sus disposiciones para cargarlos. A fin de asegurar sus flancos, mientras se empeñara en la pelea, situó su caballería ligera á la derecha, el 4.º de coraceros á la izquierda, y despues lanzó el 7.º sobre la infantería rusa, y se puso en aptitud de sostenerla con el 14.º Dubois, coronel del 7.º de coraceros, animó á sus soldados, diciéndoles que la salvacion del ejército dependia de su valor, de lo cual no le costo trabajo persuadirles, y cayó al galope sobre la infantería rusa formada en cuadro. Tan violenta fué la carga que, á pesar de un fuego de fusilería de los mas nutridos, roto el cuadro dió entrada á nuestros ginetes. Cayendo estos entonces sobre los infantes diseminados se dieron á acuchillarlos con sus largos sablles. En el mismo instante acudió Doumerc con el 44.º de coraceros para impedir que se reformaran las líneas rusas, mientras el 4.º contenia hácia la izquierda á la caballería contraria, y la caballería ligera la contenia por la derecha. De esta suerte se cogieron unos dos mil prisioneros, además de mil hombres heridos de sablazos. A su turno hizo Ney que avanzara su infantería. Apeándose el heroico Maison del caballo, echó mano de un fusil, cargó á la cabeza de sus infantes, destruyó á los rusos, y los obligó á replegarse á la espesura de los bosques. Ney, que dirigia el combate, dispuso que la persecucion se continuara hasta la extremidad de la selva de Stakou, á mitad de camino entre Brill y Borisow. Allí, delante de un barranco, que separaba las dos huestes, hizo alto y sostuvo un cañoneo para terminar la jornada. Pero ya no habia peligro alguno de ser forzados por aquella parte, y estaba asegurada la victoria. Además

de tres mil prisioneros perdieron los rusos cerca de tres mil hombres entre muertos y heridos.

Divulgada á las espaldas esta fausta nueva, excitó allí las aclamaciones de la Joven y la Vieja Guardia, disponibles desde este momento para llevar socorros al otro lado del Berezina, si un peligro apremiante llegaba á exigirlo. Allí era encarnizada la pelea, pues Victor, con nueve ó diez mil combatientes, embarazado por diez ó doce mil rezagados y una porcion de bagages, hacia cara á mas de cuarenta mil enemigos.

Por fortuna se prestaba ó la defensa el terreno á la orilla izquierda del Berezina, que era menester disputar el mas largo tiempo que fuera posible antes de abandonarla definitivamente. Tomado habia posicion el mariscal Victor al borde de una quebrada bastante ancha, que remataba en el Berezina, y colocado allí á la division polaca de Girard asi como á la division alemana y holandesa de Berg. Por su derecha cubria á Studianka y protegía los puentes. Por su izquierda se apoyaba en el bosque, no alcanzándole el número de fuerzas para ocuparlo, si bien situó delante los ochocientos caballos que le quedaban y estaban á las órdenes del general Fournier. Con su artillería de á doce estableció contra los rusos un fuego dominante, y de este modo pudo contenerlos.

El general Diebitch, jefe de estado mayor de Wittgenstein, era quien dirigía el ataque, va muy vivo desde la punta de la aurora. Queriendo el general ruso, despues de un fuerte cañoneo, desembarazarse de la izquierda de los franceses, compuesta de la caballería de Fournier, la hizo atacar por numerosos escuadrones, que, situados en el

nacimiento de la quebrada, no tenían que superar grandes obstáculos para venirsenos encima. Cargando á su vez el general Fournier con el brio mas extremado, logró repeler á la caballería enemiga, aun siendo triple ó cuádruple que la nuestra, y hasta pudo lanzarla mas allá de la quebrada. Atacando al mismo tiempo los cazadores de la infantería rusa á nuestra derecha, bajaron á lo hondo de la quebrada, se apostaron entre los matorrales, y facilitaron al general Diebitch el medio de establecer una fuerte batería, cuyos disparos pasaban por encima de nuestra derecha hasta llegar á los puentes, junto á los cuales se agolpaba espantada una masa de rezagados y de bagages.

Receloso el mariscal Victor por este lado de su línea, pues á la defensa de los puentes se debía aplicar sobre todo, lanzó muchas columnas de infantería para apartar de allí las baterías rusas, al par que, echando de ver el peligro la Guardia imperial desde la otra márgen del Berezina, dispuso algunos cañones para contrabatar á la artillería enemiga. Durante algunas horas cruzóse asi una granizada de balas de una orilla á otra, y muy cerca de los puentes, que recibían parte de los proyectiles rusos.

No hay que decir cuan espantosa confusion se produjo entonces entre la muchedumbre de los que habían descuidado pasar los puentes, ó de los que para aprovecharse de ellos habían llegado muy tarde. Ignorando unos y otros que el primer puente estaba reservado para los peones y los ginetes, y el segundo para los carros, se amontonaban con impaciencia delirante hacia la doble avenida. Situados los pontoneros á la cabeza del de la derecha

veíanse en la necesidad de rechazar á los carros, y de señalarles el puente de la izquierda, construido cien toesas mas abajo. Cabia alojar si fuera solo asunto de consigna, pero era cosa de necesidad absoluta, porque el puente de la derecha era incapaz de sostener los carros. Obligados á retroceder camino los infelices conductores, no podian romper sino con gran trabajo la columna que les apretaba, y su esfuerzo para volver atrás opuesto al de los que se afanaban por ir adelante, producía una espantosa lucha. Echándose á un lado los que lograban librarse del conflicto de estas dos corrientes contrarias, hallaban allí otra masa no menos compacta, la que se dirigia al puente de los carros. Tanta era el ansia de llegar á los puentes que muy luego acabaron por inmovilizarse unos á otros. Cayendo en medio de esta masa compacta las balas del enemigo trazaban allí horribles surcos, y arrancaban gritos de terror á las pobres mugeres, cantineras ó fugitivas, que iban dentro de los carros con sus hijos. Se apretaban, se atropellaban, se subian los mas fuertes sobre los mas debiles y los aplastaban debajo de sus plantas. Tan enorme era la apretura que los ginetes corrian peligro de ser sofocados al par que sus caballos. De vez en cuando algunos de estos se desbocaban furiosos, derribaban y apartaban á la muchedumbre, y por un momento se abrian un claro á fuerza de echar por tierra á infelices. Pero al punto se rehacia la masa no menos espesa, flotante, y lanzando gritos horrosos bajo las balas (1). ¡Espectáculo atroz y pro-

(1) Hablo á tenor de relaciones manuscritas, que tengo en mis manos y son dignas de toda confianza.

pio para hacer odiosa y por siempre execrable aquella expedicion insensata!

El excelente general Eblé, á quien desgarraba el corazon este espectáculo, quiso restablecer algo de orden, bien que sin fruto. Colocado á la cabeza de los puentes procuraba hablar á la muchedumbre, con el fin de desembarazar al menos á los mas cercanos y facilitarles el paso del rio; pero solo habia medio de hacerse oír á bayonetazos, y solo arrancando algunas victimas, mugeres, niños ó heridos, se lograba traerlos hasta la entrada del puente. Esta especie de resistencia, que por exceso de afan se oponian unos á otros, fué causa de que no pasaran la mitad de los que pudieran haber pasado. Cansados muchos de aquella lucha se tiraban al agua, otros eran allí arrojados por la muchedumbre, y se ahogaban procurando pasar á nado. Otros, probando á pasar por encima del hielo, rompianlo con sus plantas, flotaban sobre el agua algun tiempo, y despues eran arrastrados por la corriente. Este conflicto horrible, despues de durar todo el dia, lejos de ir á menos, se acrecentaba á cada vaiven de la lucha empeñada entre Victor y Wittgenstein.

Victor, que desplegó el mas noble denuedo en esta jornada, viéndose próximo á ser forzado sobre su derecha, lo cual produjera una tremenda catástrofe hácia los puentes, resolvió intentar un ataque furioso contra el centro del enemigo. Desde luego lanzó una columna de infanteria al barranco, mientras el general Fournier renovaba sobre la izquierda una vivísima carga de caballeria. Recibiendo súbito á nuestros infantes el fuego de cuarenta cañones, se dispersaron en el fondo de la que-

brada, bien que sin darse á la huida, se repartieron como tiradores entre los matorrales, se sostuvieron allí y hasta ganaron algo de terreno á los rusos. Aprovechándose el mariscal Victor de esta circunstancia, lanzó una nueva columna, que se precipitó al barranco, y trepó al opuesto borde en formación correcta, y acometió á la línea rusa, y forzóla á que retrogradara. Ejecutando al propio tiempo el general Fournier la postrera carga de caballería, apoyó este movimiento y lo hizo decisivo. Rechazada desde entonces la artillería rusa, cesó de excitar el desórden junto á los puentes con sus balas.

Pero, no queriendo el general Diebitch darse por batido, rehizo su línea tres veces mas numerosa que la nuestra, volvió á la carga, y repeliónos mas acá del barranco, que vino á ser limite de los dos ejércitos á pesar de todo. Por fortuna comenzaba la noche, que separó pronto á los combatientes agotados de fuerzas. De setecientos á ochocientos caballos apenas conservaba el general Fournier trescientos: de ocho á nueve mil infantes apenas conservaba cinco mil el mariscal Victor; y de todos aquellos valientes, holandeses, badeses, polacos sobre todo, que así se habian sacrificado, y de los cuales gran número pudieran salvarse por estar solo heridos, dolia decir que ni uno solo podia ser puesto en salvo por falta de medios de trasporte. Expuestos en mayor masa al fuego de nuestra artillería los rusos, perdieron de seis á siete mil hombres. De consiguiente esta doble batalla á las dos márgenes del Berezina costó de diez á once mil hombres á los rusos, sin contar los tres mil prisioneros cogidos por el general Doumerc. Pero se salvaban sus heridos, y por el contrario los

nuestros eran sacrificados de antemano, y con ellos eran sacrificados los rezagados, habiendo ya que desesperar de hacerles pasar en tiempo útil el Berezina.

¡ Sobreviniendo la noche trajo algo de calma á aquel lugar de confusion y de carnicería (1). Aunque apenas habiamos escapado de un desastre espantoso, y como por milagro, pues se necesitaba sustraerse á tres ejércitos perseguidores por entre un río medio helado, lo cual era la peor de las condiciones; aunque todavia tuviéramos empeñada la cola de nuestra columna en las manos del enemigo, abrigábamos el sentimiento de un verdadero triunfo, triunfo sangriento y doloroso, triunfo ganado á costa de muy crueles sacrificios, pero triun-

(1) Mr. de Bourtoulin supone que hubo cinco mil muertos ó heridos por parte de Oudinot y de Ney, y cinco mil del lado del mariscal Victor. Estos guarismos son exagerados. Cuatro mil hombres de los de Victor y tres mil de Oudinot y de Ney, son la verdad (aproximada). Pero las pérdidas del enemigo fueron mucho mayores, pues, fuera del número harto mas considerable de hombres que matamos á los rusos, les hicimos por mano del general Doumerc alrededor de tres mil prisioneros. Mr. de Bourtoulin dice que perdimos solo de los pertenecientes al cuerpo del mariscal Victor, inclusa la division de Partouneaux, no menos de once mil prisioneros. Ahora bien, al llegar el mariscal Victor á Studianka, no conservaba mas que trece ó catorce mil hombres, con la division de Partouneaux y todo. De ella perdió dos mil hombres en el fuego, cuatro mil de las divisiones de Girard y de Daendels, y cinco mil puso en salvo. ¿Cómo habia de dejar once mil soldados en manos de los rusos? Estas son exageraciones evidentes. Los rusos cogieron al general Partouneaux como dos mil hombres, algunos centenares á los generales Girard y Daendels, que, juntos á los seis mil perdidos en el fuego